

EUCARISTÍA DE CLAUSURA DE LA ASAMBLEA DE CONSTITUCIÓN DE LA ACCIÓN CATÓLICA GENERAL

- Complejo educativo de Cheste. Domingo, 2 de agosto de 2009.
- XVIII domingo del tiempo ordinario. Ciclo B.
- Ex 16, 2-4. 12-15; Ef 4, 17. 20-24; Jn 6, 24-35.

1. El final de un proceso que es un camino espiritual

Con esta celebración de la Eucaristía y con el acto de clausura de esta asamblea de constitución de la Acción Católica General se culmina un proceso, que ha sido largo y no exento de dificultades. No es el momento de narrar la historia del mismo, que Ustedes mejor que nadie conocen. Esta asamblea ha estado precedida por la aprobación de los estatutos de la Acción Católica General en la última asamblea de la Conferencia Episcopal Española, estatutos que han sido asumidos en este encuentro.

Quien ve las cosas desde fuera podría pensar que todo este proceso ha sido una formalidad jurídica o un tema organizativo, pero quien conoce desde dentro la vida de la Iglesia sabe que esto no es lo más importante. Lo que aquí se ha vivido durante estos días es el fruto de un camino de maduración espiritual hacia una vivencia cada vez más intensa de la comunión eclesial. El Papa Juan Pablo II, en la carta *Novo Millennio Ineunte* nos recordaba que las estructuras externas de comunión no sirven de nada si no están alimentadas por una auténtica espiritualidad de comunión. Estamos viendo el resultado de lo que ha sido una experiencia de mayor comunión, en primer lugar, entre los distintos movimientos de Acción Católica, porque la historia de estas últimas décadas os ha llevado a la convicción de que éstos tenían una misma finalidad, un mismo ámbito de actuación y unos mismos destinatarios. Esta convicción ha llevado a una valoración mayor de lo que era común a los distintos movimientos, que mu-

chas veces quedaba desdibujado por la relevancia que las personas damos a lo que es propio y peculiar. Todos esperamos que este proceso de conjunción tendrá como fruto un fortalecimiento de la Acción Católica en orden a una mayor presencia en la vida de la Iglesia y en nuestra sociedad.

Esta dinámica de comunión no puede circunscribirse únicamente al interior de la Acción Católica, sino que tiene que manifestarse sobre todo en la vivencia de la relación de ésta con toda la Iglesia, con las comunidades cristianas y con las distintas realidades que actualmente tienen carta de naturaleza en la Comunidad Eclesial. Esta apertura eclesial será fecunda para la Acción Católica si se vive desde dos actitudes que son necesarias, a mi modo de ver, para vivir hoy en la Iglesia. En primer lugar estamos llamados a vivir desde la humildad de que en la Iglesia todos podemos aprender de todos. Todas las realidades eclesiales que el Espíritu suscita aportan algo a la Comunidad Cristiana y, por ello mismo, son enriquecedoras para todos. Por ello hay que estar positivamente abiertos a todas las intuiciones que manifiestan una fecundidad evangelizadora e integrarlas, en la medida de lo posible, siempre que se respete la identidad esencial de la Acción Católica.

Una segunda actitud es la comunión con la Iglesia en cuanto tal. La Acción Católica tiene como meta la colaboración fraterna, estable y organizada entre el Ministerio Pastoral y el laicado inserto en la pastoral general de la Iglesia. Esta meta sólo se va alcanzando desde una comunión gozosa con la Iglesia. La comunión eclesial nunca pone en peligro la identidad de ningún movimiento o realidad eclesial, sino que es su garantía. Tampoco debilita la vida de los movimientos, sino que es la fuente de su fecundidad apostólica. Pensar que la comunión gozosa con la Iglesia dificulta la fecundidad apostólica de un movimiento es un prejuicio que, en realidad, conduce al debilitamiento del mismo. La vitalidad de las realidades eclesiales es mayor cuando mayor es la comunión eclesial.

2. Llamados a vivir la misión en continuidad con la misión del Señor

El Papa Benedicto XVI en su libro sobre Jesús de Nazaret, en el capítulo dedicado al episodio de las tentaciones se plantea una de las cuestiones claves que la Iglesia tiene ante sí en el momento actual. La cuestión que subyace al análisis que el Papa hace de este momento de la vida de Jesús es ésta: ¿Qué es lo que debe hacer y lo que no debe hacer el salvador del mundo? ¿Qué es lo que el mundo puede esperar y no debe esperar de alguien que se presenta como su salvador?

Esta preocupación del Papa reaparece en la encíclica *Spe salvi*: «*Lo que Jesús había traído, habiendo muerto él mismo en la cruz era algo totalmente diverso (de un mensaje socio-revolucionario como el de Barrabás): El encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello, transforma desde dentro la vida y el mundo*»¹.

Estas cuestiones enlazan con el texto evangélico que se acaba de proclamar. El domingo pasado veíamos cómo después de la multiplicación de los panes, la multitud busca a Jesús para proclamarlo rey. Ante esta reacción el Señor huye. El Evangelio de hoy comienza cuando la multitud logra alcanzar a Cristo. En ese momento el Señor les dirige una frase provocadora: «*Me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque habéis comido pan hasta saciaros*». También les dirige una invitación: «*Trabajad por el alimento que da la vida eterna*». Hay una tensión entre lo que la multitud espera de Cristo y lo que el Señor les quiere dar.

Esta tensión se ha mantenido a lo largo de toda la historia del cristianismo. Muchas veces tenemos la sensación de que lo que el mundo quiere recibir de la Iglesia no siempre coincide con lo que la Iglesia tiene la misión de ofrecerle. Esta tensión se manifiesta, por ejemplo, cuando hay que integrar la dimensión religiosa y la dimensión humana de la misión de la Iglesia.

La Acción Católica hace suyo el fin apostólico de la Iglesia, esto es, la evangelización y santificación de los hombres y la formación cristiana de sus conciencias, de modo que puedan impregnar con el Espíritu del Evangelio las diversas comunidades y los diversos ambientes. El camino para sembrar el Reino de Dios en nuestro mundo pasa por llevar a los hombres al conocimiento de Cristo, para que conociéndolo y amándolo cada día más, nuestro mundo sea cada día más digno del hombre. Lo mejor que los cristianos podemos ofrecer a nuestro mundo es al mismo Cristo. Éste es el camino de la Iglesia y es el camino de la Acción Católica.

El Concilio Vaticano II nos ha recordado que la misión de la Iglesia es religiosa y, por ello, plenamente humana. No podemos entender la invitación de Jesús a creer en Él como una invitación a desentendernos de los gozos, las esperanzas o las tristezas de los hombres de nuestro mundo, sino como una invitación a acercarnos a nuestro mundo desde la mirada que nos da la fe en el Señor. El conocimiento vivo del Señor y, por ello, el cuidado de la propia espiritualidad y de la propia identidad cristiana, debe ser hoy una de las prioridades de la Acción Católica. Si esto no se da se buscan sustitutos de carácter ideológico que vuelven infecundo nuestro testimonio y nuestro compromiso.

3. La fuente de la renovación de nuestro mundo

En la segunda lectura hemos escuchado la exhortación de San Pablo a despojarnos del hombre viejo, a renovarnos en nuestro espíritu y nuestra mente, a revestirnos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera. En Cristo, el Nuevo Adán, tiene su fuente, toda la renovación de nuestro mundo. Pero la transformación del mundo pasa por la transformación que debe operarse en el corazón de todo hombre. El mundo se va transformando en Reino de Dios si el hombre se deja renovar y se reviste del hombre nuevo, que es Cristo.

¹ Encíclica *Spe salvi*, nº 4.

Al final del texto evangélico que se ha proclamado Jesús se presenta como el Pan que da la Vida. El Papa Benedicto XVI en la alocución a los jóvenes durante la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia nos recordaba que el origen de la Eucaristía es la transformación de una muerte violenta que Jesús siente cercana en una entrega amorosa de sí mismo y en un sacrificio voluntario. Antes de que le quiten la vida, Él ya la había entregado por amor. De esta transformación vienen todas las demás: el pan y el vino se transforman en Cuerpo y Sangre del Señor, quienes participan en la Eucaristía se van transformando en imagen de Cristo.

La renovación que San Pablo nos pide no es obra nuestra, sino el resultado de un dejarnos transformar por el Señor y esto es posible si en nuestro corazón y nuestra vida nos abrimos a Él. La Eucaristía está en el centro de la misión de la Iglesia porque ella es el corazón del Reino. El militante de la Acción Católica no es un simple propagador de unas ideas, ni el que trabaja por un proyecto propio, sino alguien que se pone al servicio de Cristo para que el mundo se vaya transformando en Reino de Dios. Pero este servicio sólo es posible vivirlo si previamente nos dejamos transformar por el Señor para ser cada día una imagen más fiel de Él, es decir, si somos personas eucarísticas, creyentes que no sólo celebran o participan en la Eucaristía, sino que viven de la Eucaristía. Vivir de la Eucaristía significa que no somos nosotros los que decidimos la orientación que debemos dar a nuestro testimonio, a nuestro compromiso o a nuestra militancia. La orientación nos viene marcada por la Eucaristía. Si ésta tiene su origen en la transformación de una muerte injusta y violenta en una entrega amorosa, ésta es la dinámica que lleva a que nuestro mundo se transforme en Reino de Dios y ésta es la dirección que debe tomar la presencia de los cristianos en nuestro mundo.

Que vivamos esta celebración con un espíritu profundamente agradecido al Señor porque un largo proceso ha llegado a la meta. Pongamos también el futuro de la Acción Católica bajo la mirada amorosa de la Santísima Virgen María. Ella, desde la cruz, recibió de su Hijo la misión de cui-

dar con amor materno de sus discípulos y amigos. Que ella cuide de la Acción Católica y la haga fecunda en frutos de santidad y de apostolado.

Que así sea.

+ Enrique Benavent Vidal
Obispo auxiliar de Valencia